

OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL

**SOBRE  
LA MUERTE**

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2012

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2012  
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España  
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563  
ediciones@sigueme.es  
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1816-8  
Depósito legal: S. 638-2012  
Impreso en España / Unión Europea  
Imprime: Gráficas Varona S.A.

# CONTENIDO

<i>Presentación</i> , de Santiago del Cura .....	9
<i>Prólogo</i> .....	15
I. ESPERANZA TRAS LA MUERTE .....	17
1. Pensar la muerte .....	23
2. Llorar la muerte .....	34
3. Decir la muerte .....	47
4. Integrar la muerte .....	59
II. TEOLOGÍA BREVE DE LA VIDA Y DE LA MUERTE .....	77
1. La muerte redescubierta por la filosofía .....	80
2. La muerte encubierta por la sociedad .....	84
3. Ciencia y metafísica ante la muerte .....	85
4. La muerte de Dios, Dios desde la muerte .....	87
5. La degradación moralista del cristiano y de la muerte .....	137
6. Misterio, mística, moral y escatología .....	143
7. Abismo entre la teoría teológica y el vivir cristiano ....	145
8. La peculiar participación de cada hombre en la muerte de Cristo .....	147
III. REALIDADES ÚLTIMAS .....	153
1. El sobresalto del fin .....	157
2. Entre narcisismo y cinismo .....	161
3. Entre platonismo y materialismo .....	165
4. Purgatorio, infierno, cielo .....	171
5. Dios: el primero y el último .....	177
<i>Epílogo</i> . MUERTE Y TRANSMUERTE .....	179
<i>Índice de nombres</i> .....	187



# PRESENTACIÓN

Santiago del Cura

Algunos relojes de nuestras viejas iglesias recuerdan asidua y obstinadamente verdades escuetas: en ellos se halla la inscripción «mors certa, hora incerta». Pero no se crea que el discurrir de los días al ritmo de estos relojes haya estado marcado para quienes se guiaban por la cadencia de sus horas únicamente por la melancolía de lo efímero o la tristeza de lo irremediable. Pues cerca de una inscripción tan concisa puede contemplarse normalmente el signo, también desnudo, de una cruz cristiana.

Y, en esta perspectiva, ni el hecho cierto del morir ni la incerteza respecto al momento preciso bastan para que las fronteras de la finitud ahoguen angustiosamente la respiración vital, para que los ojos se vuelvan ciegos ante la belleza circundante o para que se haga imposible en su misma raíz el disfrute y el goce de los dones de esta vida. Más bien el recuerdo de verdades desnudas, transido de una esperanza contra toda esperanza, encuadra el ritmo del existir cotidiano en unas coordenadas realistas, donde es posible caminar «ligeros de equipaje» amando profundamente a las personas concretas y con un aprecio cordial de los bienes terrenos, más allá de idealizaciones ilusorias y de tabuizaciones represivas. La cruz cristiana abre a una fuerza resucitadora que no claudica ante las adversidades, que renace siempre renovada desde este «árbol único en nobleza», que robustece las rodillas vacilantes, que está animada por el dinamismo atrayente de una plenitud postmortal anticipada y vislumbrada en el más acá de la muerte.

¿Será todo esto simplemente nostalgia de una cultura tradicional y rural, de impregnación cristiana, sobrepasada por

el vértigo de las profundas modificaciones a las que responden los diversos «post-» de la cultura hodierna? Es obvio que los símbolos mencionados y su significado inherente han dejado de ser familiares para gran parte de nuestros contemporáneos, habitantes de las grandes urbes y, en gran medida, ajenos a una cultura y a una fe hasta no hace mucho casi connaturales, cuya herencia pervive, a pesar de todo, en múltiples testimonios. También aquí, de modo análogo a lo que sucede en otros ámbitos del existir humano, el proceso de extrañamiento respecto a los presupuestos religiosos, a las afirmaciones y a las implicaciones del Dios cristiano se configura como un foso de separación vivencial, que dificulta en gran medida los esfuerzos por integrar en la cultura contemporánea los núcleos esenciales de la fe.

La muerte es, sin embargo, una de las cuestiones decisivas que es necesario encarar cuando se trata de comprender la vida humana, ya que los cambios de los contextos culturales no podrán suprimir el hecho persistente y tozudo de tener que morir. Morir no tanto porque las enfermedades nos afecten, cuanto por nacer con fecha de inicio y con límite de caducidad. La enfermedad es un síntoma de algo más hondo; la muerte es una certeza ante la que se desvanecen todas las pretensiones prometeicas. Como bien decía Juan Luis Ruiz de la Peña, «la muerte representa la evidencia *física*, brutalmente irrefutable, de esa cualidad *metafísica* del ser humano que llamamos finitud» (*La pascua de la creación*, Madrid 1996, 261). Morimos como los demás seres vivos. Pero tenemos conciencia de morir, sabemos que la muerte nos alcanzará, aunque desconozcamos la fecha precisa de nuestro turno respectivo. Y, por ello, la idea de la muerte resulta para el ser humano coextensiva a la realidad de la vida.

No es nada fácil, sin embargo, abordar este tema. Como si el silencio fuera lo más adecuado a las dificultades y lo más respetuoso con los interrogantes, los miedos y el desvalimiento que acompañan frecuentemente el trance de la muerte. Ahora bien, cuando sólo resuena el silencio, la opresión resul-

ta insoportable. Y tampoco el aturdimiento, el maquillaje o la renuncia a pensar el hecho indomesticable de tener que morir ofrecen caminos de salida convincentes. No se comprende muy bien, por tanto, cómo haya gentes que dicen no pensar en la muerte. «Los que te digan que esto no les preocupa nada, o mienten o son estúpidos, unas almas de corcho», aseguraba Miguel de Unamuno, testigo eximio de esa protesta decidida contra la perspectiva de «morirnos del todo». De ahí la presencia constante de una «meditatio mortis» en la historia de la humanidad, protagonizada por pensadores, filósofos y teólogos del pasado y de nuestros días.

La presente obra del profesor Olegario González de Cardedal puede encuadrarse en la mejor continuidad con esta «meditatio mortis». Y, puesto que ni él ni su obra necesitan presentación alguna, mis palabras simplemente quieren invitar a su lectura. La obra es breve, pero enjundiosa. Ejemplo de meditación alimentada por una profunda fe, vivida en adhesión a los acontecimientos de la vida real, enriquecida por el conocimiento y la familiaridad con los grandes autores de la tradición teológico-espiritual, sobre todo del cristianismo, mas también de otras tradiciones. Una obra de madurez en todos los sentidos, que transparenta el poso de una larga trayectoria, centrada en lo esencial.

Entre las numerosas publicaciones de su autor, de muy distintas temáticas y amplitudes, retengo este texto como uno de los más logrados en su género. Bellamente escrito, con recursos literarios integrados en la vivencia de una fe auténtica y asombrosa. Sin alarde de erudición, pero avalado por un repertorio de conocimientos culturales, filosóficos y teológicos mucho más amplio de lo que las notas mencionan o el texto deja vislumbrar. Su apuesta decidida y justificada a favor de una reflexión sobre la muerte desde la perspectiva de Dios, es decir, de una auténtica teo-logía de la muerte, no implica desconocimiento ni minusvaloración de otros planteamientos. Simplemente responde a la postura de un teólogo cristiano que, en el diálogo plural y abierto a otras cosmovisiones, sabe

dónde está el norte y la norma de referencia para un creyente empeñado en pensar a fondo la fe recibida como don y el mundo cultural al que al mismo tiempo se ama y se critica viviendo inmersos en él.

Más allá de lugares comunes o estereotipos indiferenciados, a propósito, por ejemplo, de la relación entre platonismo y cristianismo, de sus tensiones recíprocas, de las hipotecas reales y de los enriquecimientos integradores. Una reflexión teológica donde sobresale el papel decisivo del acontecimiento Cristo a la hora de comprender la muerte y la vida, la resurrección y la esperanza. Una teología sólidamente fundada, por la que discurre una fuerte corriente místico-experiencial, atenta a los aspectos vivenciales y celebrativos, capaz de abrir lo recóndito y personal de uno mismo para sintonizar así con cuestiones lacerantes o con interrogantes enmudecidos en posibles interlocutores.

He aquí, en conclusión, un texto para meditar, para releer, para gozar, para asimilar..., para revitalizar la esperanza humana y cristiana. Su origen más inmediato a partir de una circunstancia particular y privada, la muerte de su madre, no quita validez universal a lo que en él dice el profesor Olegario González de Cardedal. Más bien sucede lo contrario. Pues, en la medida en que su autor se halla afectado e implicado íntegramente (como ser humano, creyente, pensador y teólogo) en algo tan propio, íntimo e intransferible, en esa misma medida llega a las entretelas de toda persona y alcanza universalidad lo que en el escrito queda expresado. Cuando la consumación terrena de un ser tan querido como la propia madre es capaz de suscitar algo así, todos tenemos motivos para agradecer al hijo un texto como el que aquí nos ofrece. Pero no es menor el reconocimiento agradecido hacia quien le precedió en la vida y en la fe. Tanto su muerte como su recuerdo terminan transformándose en memorial eucarístico.



# SOBRE LA MUERTE

UNA MEDITACIÓN TEOLÓGICA



## PRÓLOGO

Unas pocas palabras dicen y deciden el sentido de la existencia. Entre ellas se encuentran «madre» y «muerte». Pero ¿hay algo más contradictorio entre sí?

Mientras un ser humano tiene madre viva, no cree que la muerte tenga poder último sobre él, porque la raíz de la vida lo sostiene. Mas cuando la madre muere, el fundamento mismo de nuestra realidad personal se conmueve. Y si el fundamento primero se deshace, ¿quedará fundamento último?

En el Nuevo Testamento se nos habla de una madre viuda que perdió a su hijo único. Sin duda ésa era también la condición de Jesús: hijo único de madre viuda. Pero nunca se nos cuenta la historia de un hijo que en semejantes condiciones perdiera a su madre. Yo pasé por ese trance cuando murió mi madre a finales de 1993. Y de aquella experiencia brotaron estas páginas enraizadas en la teología.

¿Cómo honrar padre y madre en el momento del morir? Más allá del elogio fácil o del dolor evidente, ¿cuáles son esas pocas palabras verdaderas, esas pocas palabras necesarias, suficientes, que un hijo debe proferir para honrar padre o madre, para encauzar el dolor connatural, para pensar la muerte inexorable, para confesar la resurrección esperada?

Si además ese hijo es sacerdote y tiene como misión la teología, ¿qué dirá de la muerte, cuando ninguna retórica, ninguna distancia y ninguna objetivación, silenciadoras del corazón, le son posibles? Si hay momentos en que la vida nos pone a prueba de toda verdad, uno de ellos es éste en el que el hijo tiene que hablar de la muerte, con madre muerta ante los ojos.

¡Sagrada misión cuando la sociedad esconde la muerte y al moribundo, haciendo toque de queda con silencio porque no tiene palabras, no sabe razones y no alberga esperanzas, con cuya ayuda la muerte pueda ir siendo personal y familiarmente realizada!

Los Padres de la Iglesia pronunciaron homilías en los funerales y en la memoria litúrgica de un hermano o de una hermana: san Gregorio Nacianceno en la muerte de su hermano Cesario y de su hermana Gorgonia; san Ambrosio en la de su hermano Sátiro; san Bernardo en la de su hermano Gerardo. San Agustín no era sacerdote cuando muere su madre y el relato que nos ha dejado en las *Confesiones* tiene otra intención. Sin duda los padres morían entonces jóvenes, y los hijos aún no habían llegado al ministerio. O quizá el dolor y el pudor supremos les impidieron decir una palabra ante la muerte de los progenitores. Pero ¿no habrá una manera de conjugar pudor y amor, silencio que venera y palabra pública que honra a Dios por ellos y a ellos delante de Dios?

Casi todos los poetas han hablado de sus madres y casi todos los teólogos han guardado silencio sobre ellas. Un religioso pudor les ha cerrado los labios, como si les debieran, con el amor, el secreto que ha religado sus vidas. Pero el amor se puede expresar también recatadamente como palabra agradecida ante Dios y testimoniadora en medio de la comunidad de quienes creen, esperan y aman. Todo amor verdadero a otra persona es un reverbero del amor creador y santificador de Dios. Por eso, hacer memoria de él es otra forma de alabanza divina.

Dedico estas páginas a mi madre como memoria agradecida, con voluntad de proferir en tiempo difícil una palabra verdadera sobre el amor y la muerte, como forma de redimir el pasado y fundar así la esperanza para el futuro.

Perdida la madre, me queda la misión entera y gozosa. Madre y muerte son palabras sagradas y penúltimas. Sagradas y últimas son Dios y vida.